

Conocí a Bernardo Aparicio en octubre del cincuenta y cinco. Nos encontramos en una cantina a orillas del camino, un pequeño local a la entrada de la ciudad, donde en tan solo un par de horas Bernardo me contó toda su vida y nos hicimos amigos.

Bernardo Aparicio era un tipo delgado y bien parecido, de cabello claro, nariz pequeña, aguileña, y barba de tres días que le daba cierto aire desaliñado; llevaba un traje *de categoría* que le quedaba grande, zapatos negros muy gastados y un sombrero gris que caía hacia un lado y continuamente tenía que acomodarse.

Conversamos largamente, como dos extraños que, sorprendidos por haber encontrado algún tipo de coincidencia el uno en el otro, tratasen de explorar la posibilidad de una amistad sincera. Bernardo lloró como yo no había visto llorar nunca a un hombre, y en algún momento de la noche me confesó, si es que aquello fue realmente una confesión y no una trampa, que al igual que yo, era un prófugo. Tenía veinticinco años y su madre acababa de morir, dejándole una gran suma de dinero y un antiguo reloj de bolsillo con su apellido grabado, reliquia familiar que él había jurado pasar a su primogénito. Bernardo provenía, o eso me dijo, de un hogar humilde, de una aventura entre una mujer de ascendencia francesa con buena posición y un abogado mexicano caído en desgracia. Al morir su madre Bernardo abandonó todo y usó el dinero para viajar al sur, donde se estableció en una pequeña habitación de hotel que no tardó en aborrecer, y luego de un tiempo recorrió el país hasta llegar a Tamaulipas. Su vida avanzó sin contratiempos, sin dificultad, hacia el abismo: allí nos encontramos.

Yo maté a Bernardo Aparicio

Jorge Zúñiga

Bernardo lloró como yo no había visto llorar nunca a un hombre, y en algún momento de la noche me confesó, si es que aquello fue realmente una confesión y no una trampa, que al igual que yo, era un prófugo. [...] Provenía, o eso me dijo, de un hogar humilde, de una aventura entre una mujer de ascendencia francesa con buena posición y un abogado mexicano caído en desgracia.

El juramento terminaría por condenarlo.

Ocurrió apenas un par de semanas después de haber llegado. Según Bernardo, por un descuido: en uno de sus tantos desvaríos en tugurios de mala muerte e inimaginables cabarets, una bailarina le robó la reliquia familiar y una considerable suma de dinero. Intenté alejarme de él después de escuchar su historia y sospechar lo que vendría, pero fue inútil: la mujer se llamaba Biuti, y Bernardo me hizo prometerle que lo ayudaría a encontrarla.

Acordamos ayudarnos mutuamente. Yo necesitaba dinero para continuar moviéndome y Bernardo los músculos y el valor necesarios para superar los contratiempos. Biuti, según la describió, era muy joven, de baja

estatura y complexión robusta; el cabello negro y largo, lacio; ojos negros, la nariz respingada, senos medianos. Lo importante, dijo Bernardo al notar en la expresión de mi rostro que aquellos datos serían inútiles, era que la mujer tenía la cicatriz de un navajazo en la mejilla derecha, una marca que le atravesaba la cara desde la ceja hasta la barbilla, producto, según le contó Biuti aquella noche, de una pelea en un bar.

Al otro día comenzó nuestra búsqueda. El tipo que atendía La falda de oro, el burdel donde Bernardo había visto por última vez a Biuti, sonrió al verlo y dijo que ahí no había ninguna mujer con las características que le dimos, y que si seguíamos molestando iba a tener que enseñarle a respetar. Pero fui yo el de las lecciones:

bastaron un par de manotazos para que el hombre recordara todo y se pusiera a hablar. Después de unos minutos salimos de allí con un par de botellas como recuerdo de la bondad del hombre y el buen trato que La falda de oro daba a sus clientes. A Bernardo, que jamás había tenido el valor de mirar a los ojos la violencia, aquello lo alegró, pero no dijo nada.

Biuti residía en una vecindad de las afueras. Tuvimos que atravesar un baldío y luego subir una colina, doblar a la izquierda y seguir doscientos metros entre el monte. Aunque dimos con el lugar sin problemas, Biuti ya no estaba. No había ni candados, ni cerraduras, ni ventanas; por lo menos no en el cuarto de Biuti, que era de los últimos del corredor; los más pequeños, oscuros, donde parecía estancarse el calor y la peste. Bastó empujar un tronco para entrar. El cuartito parecía detenido en el tiempo, como si la mujer hubiese podido aparecer en la puerta en cualquier instante o llevara un par de semanas muerta en el baño comunal con un golpe en la cabeza.

Nos terminamos las botellas sobre el catre lleno de manchas, esperando. Bernardo volvió una y otra vez al reloj, a la historia de su familia, a su tristeza, como si su vida entera dependiera de la recuperación de la reliquia. Pero Biuti no apareció, ni en el corredor, ni en la puerta del cuarto, ni muerta en el baño. Tuvimos que marcharnos.

Antes de volver a la ciudad dimos un par de vueltas por ahí, incapaces de lidiar con la derrota, husmeando como perros, con el hocico pegado al suelo tratando de seguir el rastro de una mujer que posiblemente ya estuviera a miles de kilómetros de ahí. Una o dos horas después apareció la vecina. La vi espiarnos desde su ventana. Cuando estábamos por

irnos salió y nos cortó el paso. “¿Pa’ qué la buscan?”, dijo. Nosotros nos miramos en silencio, por vergüenza, miedo o precaución; no sé decirlo, pero ella de alguna forma supo la respuesta sin que tuviéramos que abrir la boca.

La mujer conocía a Biuti. Nos dijo que era del sur, que era una vecina terrible, una loca, una mala mujer; dijo también que algunas veces había hablado con ella, que lo más cercano que tenía a una familia ahí en Tamaulipas era La Rubia, otra bailarina de la misma calaña, que Bernardo, curiosamente, también conocía. Cuando terminó de hablar se nos quedó viendo, como si esperara algún tipo de agradecimiento que jamás llegó. “Conozco el lugar donde trabaja La Rubia”, dijo Bernardo, y comenzamos la bajada en silencio, con el viento y la noche golpeándonos la espalda. Aquello debió sorprenderme, o por lo menos ponerme en guardia, pero el alcohol y la promesa del dinero me habían arrastrado a aquel estado de ingenuidad casi infantil que Bernardo aprovecharía para culparme del asesinato.

Visto desde afuera, el lugar parecía un hospital abandonado, lleno de ventanas pequeñitas. Bernardo tocó la puerta cuatro veces y saludó con familiaridad al hombre que se asomó a través de la pequeña ventanilla y nos mostró una sonrisa amarillenta. El portero nos guió por un pasillo estrecho y poco iluminado, que unía la entrada principal con un salón lleno de gente distribuida en mesas para dos y cuatro personas. En una de las esquinas había una escalera que daba al segundo piso, se podían ver las puertas de los cuartos, los hombres que entraban y salían; del otro lado, una pared tapizada de botellas y una barra, donde las meseras se detenían a conversar cuando no estaban ocupadas aten-

diendo los pedidos; más allá, en la estructura de madera que hacía de escenario, un grupo de músicos comenzaba a preparar la entrada triunfal de la vedette estrella, cuyo primer número, según nos indicó el portero, comenzaría dentro de unos minutos.

Fue en ese momento cuando la vimos: Biuti estaba sentada en una de las mesas que rodeaban el escenario, junto a una mujer más alta y delgada que ella, de cabello rubio y corto, que no dejaba de reír. Ellas no nos vieron. Tomé a Bernardo por el brazo y le dije que esperáramos, que había que aprovechar nuestra ventaja, que tuviera paciencia, pero él se zafó de un tirón y lo observé ir hacia ellas e inclinarse para tomar a Biuti por la nuca.

A pesar de la aparente tranquilidad, los movimientos de las mujeres, los de Bernardo, incluso los míos, fueron rápidos, precisos, como si hubiésemos estado preparándonos para aquel encuentro desde hace mucho y cada uno desempeñara su papel sin salirse de las líneas, sin movimientos extra, sin nervios. Las luces se apagaron de repente y la banda comenzó a tocar: sobre el escenario, bajo un halo de luz amarilla, apareció la figura de la vedette moviendo las caderas al ritmo de la música, la sonrisa en medio de la cara, la piel blanquísima, apenas cubierta por unos arreglos de plumas. La mano de Bernardo cayó feroz, como la garras de un animal en medio de la noche, sobre la muñeca de Biuti, que de un solo movimiento había abierto su bolso y sacado una navaja. En la expresión de las mujeres reconocí el miedo, la certeza de que uno ha caído en un pozo demasiado profundo y no podrá salir. La Rubia no miró atrás después de levantarse y avanzar hacia la salida, pero apenas fueron necesarios un par de pasos para



A veces la ansiedad se ha quedado en los propios paisajes. El paisaje también contiene, detiene, suspende.

que quedáramos frente a frente, impidiéndole yo la huida.

Si las luces se hubiesen encendido en ese instante tal vez la historia habría tenido un desenlace distinto, más humano, más honesto. Biuti sabía moverse, era rápida, valiente. El brillo de la hoja metálica hizo un movimiento circular hacía Bernardo y luego cayó al suelo. Escuché un grito, luego otro, y otro más; traté de concentrar la vista en la pareja que adivinaba frente a mí, acostumar mis ojos a la oscuridad que me rodeaba, pero todo fue inútil. El par de siluetas anónimas se enlazó en una danza silenciosa, casi felina, mortal. Se arrojaron al suelo buscando la navaja y Bernardo dominó a la mujer hasta quedar encima de ella; comenzó a golpear, una y otra vez, con todas sus fuerzas. Sillas cayendo, una botella haciéndose trizas en el suelo, otro grito, todo oculto bajo el manto de estupefacción que la música y la vedette que se movía como serpiente dejaban caer sobre los asistentes.

Si las luces se hubiesen encendido en ese instante, justo en el momento en que la vedette llegaba a aquella nota alta, todos habrían visto a La Rubia golpearme la entepierna y correr hacia Bernardo, la habrían visto saltar hacia él sin darse cuenta de que había sacado ya el revólver, sin notar antes, antes de soltarse de mí, antes de dar el salto, que la muerte se presentaba ante ella como un aro de fuego en medio de la oscuridad, la música y los aplausos.

Si las luces se hubiesen encendido en ese instante habría sido más fácil detenerlo, habría sido más fácil, en medio de todo el alboroto, dar con el bolso de Biuti, recuperar el reloj y escapar, pero hay cosas de las que uno no puede huir, mucho menos cuando aun sin saberlo las ha estado buscando.

La Rubia solamente escuchó el primer disparo. Su cuerpo sin vida continuó su trayectoria final, por pura inercia, hasta la mesa contigua, donde se desplomó entre chorros de sangre y vidrios rotos.

Volví a disparar. Una, dos, tres veces.

Y una más, para asegurarme. Luego, por fin, la luz.

Entre su ropa encontraron el reloj que lo ligaba a un apellido, el revólver junto a él, y fue suficiente. A cambio de un fajo de billetes, el testimonio del portero ató los cabos: el hombre había ejecutado a sangre fría a las dos mujeres quitándose luego la vida.

Cuando la policía me interrogó dije exactamente lo que cuento ahora, casi con las mismas palabras. Y me creyeron. ¿Mi nombre? Renuncié a él, pero usted lo conoce; llámeme como quiera: sin mi reloj, sin mi pasado, no importa el nombre que lleve. **LPyH**

Jorge Zúñiga (Tuxtla Gutiérrez, 1988) es narrador y ensayista. Fue becario de la FLM y es autor de *PULPS* (Premio Nacional de Novela Negra Una vuelta de tuerca 2019) y de *Los días animales* (Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo Murrieta 2019).